

Jussi ADLER-OLSEN

Sin límites



MAEVA

Jussi Adler-Olsen

Sin límites

Departamento Q - 6

Título original: *DEN GRÆNSELØSE*

Jussi Adler-Olsen, 2014

Traducción: Juan Mari Mendizábal Sarasúa

Dedicado a Vibsen y Elisabeth, dos mujeres fuertes

Prólogo

20 de noviembre de 1997

Veía tonos grises por todas partes. Las sombras fluctuantes y la solícita oscuridad se extendían en torno a ella como un edredón y la mantenían caliente.

En un sueño había abandonado su cuerpo, estaba suspendida en el aire como un pájaro; no, mejor aún: como una mariposa. Como una obra de arte multicolor y revoloteante llegada al mundo solo para despertar alegría y admiración. Como un ser flotando en lo alto, entre el cielo y la tierra, cuya varita mágica podía hacer que el mundo despertase al amor y a la alegría infinitos.

Sonrió al pensar en la belleza y pureza de la idea.

La negrura eterna la rodeaba, con destellos tenues, como de estrellas lejanas. Era una sensación agradable, casi como un pulso que dirigiera el sonido del viento y las hojas susurrantes.

No podía moverse, pero tampoco deseaba hacerlo. Porque entonces despertaría del sueño, y la repentina realidad iba a provocar dolor, y ¿quién quería eso?

Se desplegó ante ella una multitud de imágenes de tiempos mejores. Breves destellos de ella y de su hermano saltando entre las dunas, sus padres gritando «¡¡Estaos quietos!!».

¿Por qué tenían que estarse quietos? ¿No fue acaso allí, entre las dunas, donde se sintió libre por primera vez?

Sonrió mientras hermosos conos de luz se deslizaban bajo ella como si fuera fosforescencia marina. No es que hubiera visto nunca la fosforescencia marina, pero debía de ser algo así. Fosforescencia marina u oro líquido en profundos valles.

¿En qué había estado pensando?

¿No era en una idea de libertad? Sí, tenía que serlo, porque jamás se había sentido tan libre como en aquel momento. Como una mariposa dueña de su destino. Liviana e inquieta, rodeada de gente bella que no la regañaba. Manos receptivas por todas partes, que la impulsaban hacia delante y solo deseaban su bien. Cantos que la elevaban, nunca antes cantados.

Suspiró un momento y sonrió. Dejó que el flujo de ideas la condujera a todas partes y a ninguna a la vez.

Entonces se acordó de la Escuela Superior y de la bici, de la mañana helada y, sobre todo, del castañeteo de sus dientes.

Y justo en aquel instante en el que la realidad se reveló y el corazón cedió al fin, recordó también el trallazo al golpearle el coche, el sonido de los huesos al romperse, las ramas del árbol agarrándola, la cita que...

1

Martes 29 de abril de 2014

—Venga, Carl, despierta. Vuelve a sonar el teléfono.

Carl miró somnoliento a Assad, que parecía vestido de amarillo para carnaval. El mono había sido blanco, y su pelo rizado, negro al empezar por la mañana; si había llegado algo de pintura a las paredes, era de puro milagro.

—Me has interrumpido un razonamiento complicado —informó Carl mientras bajaba a regañadientes los pies del escritorio.

—¡Vale! ¡Perdona! —Una sonrisa atravesó la jungla de la barba de días de Assad. ¿Qué diablos expresaban sus ojos alegres, redondos como canicas? ¿Cierta ironía, tal vez?

—Sí, ya sé, o sea, que ayer se te hizo tarde, Carl —continuó Assad—. Pero a Rose se le va la olla cuando dejas que suene el teléfono. Así que, por favor, la próxima vez responde.

Carl dirigió la vista hacia la luz cegadora de la ventana del sótano.

Bueno, eso lo arregla un poco de humo de tabaco, pensó, extendió la mano hacia la cajetilla y plantó los pies sobre el escritorio mientras volvía a sonar el teléfono.

Assad se lo indicó con un gesto insistente y salió. Carl estaba hasta los huevos de las exigencias de aquellas dos sirenas de niebla que tenía en el vecindario.

—Carl —se presentó bostezando, y dejó el auricular sobre la mesa.

—¿Diga...? —se oyó de allá abajo.

Acercó el auricular a la boca con un brazo flojo.

—¿Con quién hablo?

—¿Es Carl Mørck? —se oyó una voz en el dialecto cantarín de la isla de Bornholm. Desde luego, no era un dialecto que lo embargase de ternura. No era más que una especie de sueco chapurreado con una serie de fallos gramaticales, y solo útil en aquella isla minúscula.

—Sí, soy Carl Mørck, acabo de decirlo.

Se oyó un suspiro al otro lado de la línea. Sonaba casi como de alivio.

—Hablas con Christian Habersaat. Coincidimos hace un siglo, pero seguro que no te acuerdas de mí.

¿Habersaat?, pensó. ¿De Bornholm?

Se tomó su tiempo.

—Sí... Creo...

—Yo estaba de servicio en la comisaría de Nexø cuando tú y un superior vinisteis hace unos cuantos años para llevar a un preso a Copenhague.

Carl revolvió en el cerebro. Recordaba el transporte del preso, pero ¿Habersaat?

—Pues sí, bueno... —balbuceó, y su mano fue en busca de los cigarrillos.

—Verás, perdona que te moleste, pero ¿tendrías tiempo para escucharme? Ya he leído, ya, que acabáis de resolver el difícil caso del circo de Bellahøj. Enhorabuena, aunque debe de ser frustrante que el autor de los hechos se suicide antes de hacerse justicia.

Carl se encogió de hombros. Rose se cabreó por eso, pero a él le importaba un pimiento. Un cabrón menos por el que preocuparse.

—Ya. Entonces, ¿no llamas por aquel asunto? —Encendió el cigarrillo y echó la cabeza atrás. Solo eran la una y media, algo temprano para haber fumado su ración diaria de tabaco; iba a tener que aumentarla.

—Pues sí, pero por otra parte, no. Te llamo por aquel caso, pero también por los casos que habéis cerrado durante los últimos años. Impresionante.

»Como te decía, trabajo en la Policía de Bornholm, y ahora estoy en Rønne; menos mal que me jubilo mañana.

Trató de reír. Sonó algo forzado.

—Es que las cosas han cambiado, y ya no me parece tan interesante ser yo mismo. Seguro que nos pasa a todos, pero hace solo diez años sabía qué ocurría en la mayor parte del centro y de la costa este de la isla. Y, bueno, por eso te llamo.

Carl dejó caer la cabeza. Si el tipo quería endosarles un caso, más valía pararle los pies de inmediato. No tenía la menor gana de llevar una investigación en una isla cuya especialidad era el arenque ahumado y que estaba más cerca de Polonia, Suecia y Alemania que de Dinamarca.

—¿Llamas para que te revisemos un caso? Porque entonces me temo que tendrás que dirigirte a uno de los pisos superiores. En el Departamento Q tenemos demasiado trabajo.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio. Después, colgaron.

Carl miró confuso el receptor antes de colgarlo con fuerza. Si aquel payaso se asustaba tan fácil, bien merecido lo tenía.

Meneó la cabeza, sus párpados acababan de cerrarse cuando el trasto sonó de nuevo.

Carl aspiró hondo. Desde luego, a alguna gente había que darle las cosas bien masticadas.

—¡Sí! —gritó al receptor. A ver si el payaso se asustaba y volvía a colgar.

—E... ¿Carl? ¿Eres tú?

No era precisamente la voz que esperaba oír. Frunció el ceño.

—¿Eres tú, madre? —preguntó con cuidado.

—¡No sabes qué miedo me das cuando ruges así! ¿Te duele la garganta, cariño?

Carl dio un suspiro. Habían pasado más de treinta años desde que se marchó de casa. En ese tiempo había tratado con criminales violentos, macarras, incendiarios, asesinos y muchísimos cadáveres en diversos grados de descomposición. Habían disparado contra él. Le habían destrozado la mandíbula, la muñeca, su vida privada y todas sus honradas ambiciones. Habían pasado treinta años desde que quitó la tierra del arado de sus zuecos-bota y se dijo de una vez por todas que iba a disponer de su vida, y que los padres eran algo que se podía rechazar o aceptar a voluntad. ¿Cómo carajo era posible que su madre, con una simple frase, fuera capaz de hacerlo sentir como un niño pequeño?

Carl se restregó los ojos y se enderezó en el asiento. Iba a ser un día largo, muy largo.

—No, madre, estoy bien. Es que tenemos obreros en el despacho y no se oye nada.

—Verás, te llamo para darte una noticia triste.

Carl apretó los labios y trató de sondear el tono de su madre. ¿Sonaba apenada? ¿Iba a decirle al segundo siguiente que su padre había muerto? ¿Ahora que llevaba más de un año sin visitarlos?

—¿Ha muerto padre? —aventuró.

—Santo cielo, no, qué va, ja, ja. Lo tengo al lado tomando café. Acaba de estar en el establo cortando el rabo a los lechones. No, es tu primo Ronny.

Carl bajó los pies de la mesa.

—¿Ronny? ¿Muerto? ¿Cómo?

—De repente se cayó redondo en Tailandia, mientras le daban un masaje. ¿Verdad que es una noticia espantosa en un hermoso día de primavera como hoy?

«En Tailandia, mientras le daban un masaje», había dicho. Claro, ¿qué otra cosa podía esperarse?

Carl buscó una respuesta que fuera algo razonable. No podía decirse que resultara fácil.

—Espantosa, sí —consiguió decir mientras trataba de reprimir la desagradable imagen del final sin duda placentero del cuerpo hinchado de su primo.

—Sammy va a tomar el avión mañana para traer sus restos y sus cosas. Más vale traer las cosas a casa antes de que se desperdigen por ahí —sentenció—. Sammy siempre ha sido muy práctico.

Carl asintió con la cabeza. Si estaba en medio el hermano de Ronny, seguro que iba a hacerse una distribución típica jutlandesa: la paja en un montón y el grano a la maleta.

Vio ante sí a la leal esposa de Ronny. Era una brava tailandesita que merecía más; pero, después de pasar por allí el hermano de Ronny, solo le iban a quedar los gayumbos con dragones chinos de su difunto marido. Así era el mundo.

—Ronny estaba casado, madre. No creo que Sammy pueda llevarse cosas sin más.

Su madre rio.

—Bueno, ya conoces a Sammy, se las arreglará. A propósito, se quedará unos diez o doce días. Claro, dice,

una vez que estás allí hay que aprovechar para broncearse los michelines, y desde luego que no le falta razón. Tu primo Sammy es un hombre ingenioso.

Carl asintió. La única diferencia importante entre Ronny y su hermano pequeño Sammy era una sola vocal y tres consonantes. Nadie que viviera al norte de Limfjorden pondría en duda su parentesco, porque eran como dos gotas de moco. Si había algún productor de cine que necesitase un lechuguino fanfarrón sin fuste con camisa de colores, siempre podía recurrir a Sammy.

—El funeral va a ser aquí, el sábado diez de mayo. Será una delicia tenerte por aquí, mi niño —continuó su madre. Y mientras desgranaba su esperada descripción de la vida cotidiana de una familia de campesinos jutlandeses, haciendo especial hincapié en la crianza de cerdos, con alusiones al dolor de cadera de su padre, críticas despiadadas a los políticos del Parlamento y demás materia deprimente, Carl pensó en el inquietante contenido del último mensaje que le envió Ronny.

El mensaje estaba pensado a modo de amenaza, sin duda, lo que alarmó y molestó a Carl más de lo habitual. En un momento dado, llegó a la conclusión de que Ronny pensaba chantajearlo con aquellos chismes. ¿Acaso no era su primo capaz de idear cosas así? ¿Acaso no necesitaba dinero siempre?

Aquello no le gustaba nada. ¿Iba a tener que ocuparse otra vez de esa ridícula pretensión? No tenía ninguna lógica, pero, viviendo en el país de Hans Christian Andersen, ya se sabía con qué facilidad se convertía un comentario en verdad absoluta. Y verdades absolutas como aquella en su puesto de responsabilidad, y con un superior como Lars Bjørn, no era lo que más necesitaba.

Joder, Ronny, ¿qué se había traído entre manos? El payaso de él ya había largado varias veces que mató a su padre, cosa bastante grave en sí. Pero lo peor era que había arrastrado a Carl al fango, explicando de forma pública que Carl le había ayudado a matar a su padre durante una excursión de pesca; y, en aquel último mensaje infausto le comunicaba que había escrito un libro sobre ello y estaba intentando publicarlo.

Carl no había oído nada desde entonces, pero era una historia sucia que debía finalizar, ahora que el hombre había muerto.

Se palpó la chaqueta en busca de cigarrillos. No había duda de que debía acudir al funeral. Allí se enteraría también de si Sammy había conseguido arrancar algo de patrimonio de las garras de la mujer de Ronny. En Oriente, las cuestiones hereditarias terminaban a veces con violencia, y esperaba que esta vez también fuera así. Pero la pequeña Dingaling, o como fuera que se llamara la mujer de Ronny, parecía estar hecha de una pasta diferente, mejor. Seguro que iba a quedarse con lo que le correspondiera de dinero ahorrado, y dejar el resto de cosas. Entre ellas, tal vez también el pretencioso intento de Ronny de iniciar una carrera literaria.

En efecto, no le extrañaría que Sammy lograra traerse de vuelta aquellos apuntes. En tal caso, se trataba de conseguirlos antes de que iniciaran la ronda familiar.

—Ronny se había enriquecido bastante, ¿lo sabías, Carl? —pio su madre en un segundo plano.

Carl arqueó las cejas.

—Vaya, no me digas. Supongo que traficaría con drogas. ¿Estás completamente segura de que no terminó